

Ezeiza y otros lugares

María Julia Mazzarino

Lista de relatos

La larga noche a Ezeiza

El peluquero de Bologna

Un soplo de la patria

Frau Galla

Quimilí

Trixie & Bill

Los otros de Bariloche

Buenos Aires hora cero

Un congreso con consecuencias

Postales napolitanas

Lágrimas por Walter Benjamin

El tratamiento

La cura

La larga noche a Ezeiza

Empezó siendo un día caluroso de noviembre. El responsable de mi grupo nos había citado en una calle de Flores a las nueve de la noche. Teníamos que llevar ropa y calzado cómodo, algún abrigo liviano y un poco de comida, caramelos y agua. A partir del momento en que nos encontráramos, no podíamos hablar más, solo si era extremadamente necesario. Íbamos a caminar toda la noche por calles de Buenos Aires que las organizaciones políticas y sindicales habían ido marcando. Calles alejadas de las principales avenidas —donde decían que estaban los tanques— y atravesando veredas oscurecidas por árboles, que en esa época del año ya estaban completamente cubiertos de hojas. Cuando empezamos a caminar era de noche y el calor bochornoso continuaba sin dar respiro. Lo único que se escuchaba en medio de esa calma calurosa era el ruido de cientos de pies deslizándose contra el piso en una especie de *shsh* ininterrumpido, suave y apagado. Ninguna voz. Yo iba en un grupo con Picu y Mali, mis amigas de la facultad, las dos del interior como yo; a cargo del grupo estaban Berto y Charly, también de la facu, más grandes que nosotras y ya recibidos. Berto era un porteño de mal carácter que adoraba a Roberto Arlt; yo lo admiraba por eso, el de Arlt era todo un mundo que había conocido gracias a él. Charly era un flaco alto, de pelo rubio pajizo y medio encorvado como suele ocurrir con los muy altos, lo conocía poco pero me inspiraba confianza; se movía entre las filas silencioso como un gato con una sonrisa permanente, y como sobresalía entre las sombras confusas que nos rodeaban, nos hacía sentir más seguras. La

mayor parte del tiempo íbamos mirando el piso para no tropezar. Las gotas de sudor brillaban en los rostros que percibía de a ratos cuando cruzábamos las calles. La marcha era lentísima porque las pasábamos de a dos, algunas veces en grupos de tres o cuatro, pero en ese caso había que esperar unos minutos eternos para que siguieran los próximos. Por la vereda del frente marchaban tantos o más que por la nuestra y a veces nos cruzábamos con otros grupos que venían por calles perpendiculares. Nos fuimos internando en barrios cada vez más desconocidos; en algunas esquinas donde no había faroles aprovechábamos para pasar casi corriendo mientras los responsables nos apuraban con un *rápido, rápido*, que me hacía acordar a las películas yanqui de guerra donde siempre hay un sargento que dice *move, move*.

Cada tanto nos dejaban descansar apoyados en las paredes o sentados en la vereda, sin sacar las piernas del cordón. La segunda vez que paramos pensé que no podría volver a levantarme. Las piernas me temblaban con un movimiento incontrolable que se extendía hasta arriba y terminaba en un escalofrío a pesar de la calidez de la noche. Picu me apretó la mano, ella estaba pálida, con un color que pasaba del amarillento al grisáceo según le daba la luz que se colaba entre las persianas de una ventana, tenía los ojos enrojecidos y brillantes. Me sonrió apenas y señaló con la cabeza hacia atrás. De pie en medio de la vereda, sin apoyarse en nada, estaba una mujer mayor, como de unos sesenta años, de piel oscura y arrugada, que tenía colgando del cuello una cartulina pintada con flores de colores y en el centro una foto de Eva y Perón. Sostenía la cartulina con ambas manos y miraba hacia adelante, impaciente por seguir caminando. Detrás de ella había otras mujeres también mayores, algunas gordas y retaconas, otras muy

flacas y encorvadas, todas con pequeños carteles o bolsas colgando del cuello; seguían moviéndose en el lugar manteniendo el ritmo de la marcha. Cuando se dio cuenta que la miraba, la mujer sacó de debajo del cartel una manzana y me la pasó con una mano mientras estiraba el otro brazo en ademán de ayudar a levantarme. Me puse de pie de un salto; yo acababa de cumplir veintidós años, compararme con esas mujeres me llenó de vergüenza.

Nuestra marcha hacia el sur continuó por Mataderos, cada tanto se abría apenas una ventana o una puerta y una mano sin rostro nos alcanzaba pan, frutas o una botella con agua. Alguien se apresuraba a aceptarlos y en un susurro apenas perceptible, deslizaba un *Gracias, compañeros*. En las paredes blanqueadas a la cal de algunas esquinas podíamos ver la P encerrada por la V del “Perón vuelve” o una enorme pintada de “LUCHE Y VUELVE”. Era la noche del 16 de noviembre de 1972. Marchábamos a Ezeiza a esperar a Perón que volvía después de dieciocho años de proscripción y exilio.

Cuando era chica me encantaba decir *Perón, Perón* en voz baja o para dentro. Estaba tan prohibido nombrarlo, que era como desafiar al mundo, con ese mismo gusto que nos daba decir malas palabras o tener malos pensamientos. Cuando ya estaba en la universidad, me olvidé de Perón, me atraían la mística del Che Guevara, el comunismo, el Cordobazo, Agustín Tosco. Pero un día, algunos volvieron a nombrarlo, tímidamente al principio y cada vez más convencidos después. La Facultad de Agronomía no era justamente un nido revolucionario. El Centro de Estudiantes estaba en manos de un grupo selecto de hijos de estancieros, que se presentaban en las asambleas de saco y corbata, y que te

preguntaban con la mayor naturalidad dónde estaba el campo de tu familia o por qué estudiabas Agronomía si no tenías campo. Yo tenía una beca de la UBA para hijos de trabajadores que me cubría la pensión, y estos tipos me parecían marcianos (seguramente yo también a ellos). Cuando entré a la facultad en 1968, en plena dictadura del general Onganía, ya había pasado la Noche de los Bastones Largos, cuya principal consecuencia fue la pérdida de gran cantidad de profesores de la universidad, que echaron o renunciaron y se fueron del país (pérdida de la que la ciencia y tecnología argentinas no se recuperaron nunca del todo). Al año siguiente fue el Cordobazo, una insurrección popular que nos marcó para siempre e inició la caída de Onganía. Lo reemplazó otro general. Poco a poco fui descubriendo que el ambiente de la facultad no era homogéneo, que por fuera del Centro de Estudiantes había una atmósfera especial, mezcla de temor, resistencia y desafío. Yo era consciente que tenía que estudiar mucho para mantener mi beca y no abrir la boca por si acaso, al fin y al cabo, era lo que me habían enseñado en mi casa: no hablar afuera de lo que se pensaba adentro, pero empecé a acercarme de a poco a los que esbozaban un discurso parecido al que conocía desde siempre. Fui aprendiendo que una buena parte de mis compañeros no provenía “del campo” y que parte de los que sí provenían, no pensaban como los del Centro de Estudiantes. Admiraba a los porteños que parecían saber vagones de todo, literatura, música, teatro, cine, y especialmente a los que venían del Colegio Nacional Buenos Aires o el Carlos Pellegrini, que para mí eran el sumun del conocimiento. (De las compañeras porteñas también admiraba la ropa y la naturalidad con que la portaban. Una de ellas iba a clases con un blazer de gamuza marrón que fue mi obsesión durante años; a mí me habían comprado uno

de paño azul en el Once). Me empezaron a pasar libros que leía sola o con mis amigas más cercanas, una, hija de estanciero comunista y otra, de empleado bancario desarrollista. Cuanto más leíamos sobre las luchas populares en el mundo, más nos íbamos acercando al peronismo, nos fuimos convenciendo de que era el único camino posible. Y así llegamos al día en que fuimos a buscar a Perón. Gran parte de la gente que marchaba, todas esas personas que veíamos como mayores o directamente como viejos caminando a nuestro lado, lo habían conocido, nosotras no. Pero ese mismo año, en agosto de 1972 había sucedido la Masacre de Trelew, y si todavía teníamos dudas, eso había sido el punto de inflexión. Asesinaron a gente de nuestra generación sin importarles que todos habíamos visto en fotos y hasta por televisión, que se habían entregado cuando fueron a detenerlos. Teníamos rabia y ganas de mostrarle a Lanusse y su gobierno militar que ahora éramos incluso muchos más.

Como a las tres o cuatro de la mañana empezó a llover. Los pies resbalaban dentro de las zapatillas. Muchas veces teníamos que retroceder porque había soldados apostados en alguna avenida o nos deteníamos durante ratos interminables sin saber por qué. Cruzar la avenida General Paz fue una odisea; aparentemente los jefes de grupo negociaban con la policía o no sé con quién para que nos dejaran seguir, pero en los lugares muy abiertos, la cosa se ponía difícil. Me acuerdo de Berto tomándonos de la mano y corriendo bajo la lluvia hasta los pilotes de un puente, su cara tensa, la fuerza de su mano mojada. Mientras cruzábamos, veía otras sombras bajo la lluvia, algunas también corriendo, otras que se agachaban y quedaban inmóviles, parecían esos arbustos

podados en redondo de los parques. Hasta el pilote donde tratábamos de recuperar la respiración llegaron otros cuatro, cuando los tuvimos al lado vi que eran dos parejas más o menos de la edad de mis padres, que se reían despacito como de una travesura; una de las mujeres llevaba una especie de turbante del que le asomaban en la frente unos rulos mojados. Se parecía a mi madre y me produjo una sensación de alegría y seguridad, como si estuviera corriendo con ella, que tantas veces me había hablado de Perón y Evita mientras cosía en el comedor. No sé cómo llegamos del otro lado de esa avenida que me parecía de una anchura desmedida, pero gracias a Charly y su pelo pajizo que nunca perdimos de vista, volvimos a encontrarnos con el grupo. Mirando el mapa creo que seguimos por algún lugar de La Matanza, por Villa Madero o La Tablada. Estábamos completamente mojados y teníamos mucho frío, caminar era ahora una bendición y en las esperas dábamos saltitos para mantenernos calientes. Aprendimos que el frío era lo peor, el resto —el hambre, el cansancio, los pies lastimados, los calambres en las piernas— era soportable. De a ratos buscaba a las viejas mujeres y a sus carteles, los habían cubierto con bolsas de nylon y los protegían contra el cuerpo. La que me regaló la manzana se llamaba Margarita; habíamos hablado en una de las paradas cuando la lluvia era muy intensa y tapaba el ruido de los murmullos y los saltitos. Margarita y sus compañeras venían de la villa del Bajo Flores, era santiagueña, trabajaba limpiando un sanatorio y había conocido a Evita en un hogar de tránsito. Me regaló una sonrisa desdentada cuando le dije que yo también era santiagueña. Mirarla cada tanto me ayudaba a seguir caminando.

Alguien dijo que íbamos a tener que cruzar el río Matanza, que era la única forma porque los puentes estaban ocupados por el ejército. Sentí un vacío en el estómago. No sé nadar, así que si era verdad, no me iba a quedar otra que volver no sé hacia donde, no tenía ni idea de donde estábamos. Casi me pongo a llorar, pero no tuve tiempo porque en la pálida luz que empezaba a filtrarse por las nubes, vi que la fila descendía hacia un barranco, y allí estaba el río y en el río una doble hilera de personas armando dos cadenas entre las cuales se deslizaba la gente.

—*¡Qué asco de río!* —dijo Picu despacito, pero no llegué a entender por qué lo decía.

—*No te va a pasar nada* —me dijo Mali con la seguridad que tienen los que saben nadar—. *Yo te ayudo.*

Me prendí con una mano de ella y con la otra empecé a cruzar apoyándome en los brazos y hombros de unos muchachos y hombres grandotes que se mantenían enganchados, aguantando estoicamente la corriente y nuestras manos asustadas. *Avancen, avancen* era lo único que se escuchaba. Me acuerdo de haber cruzado como si fuera una película, sintiéndome segura aferrada a esa cadena humana y que al llegar a la otra orilla, me di vuelta a mirarlos. Como la mujer de Lot —pero sin convertirme en sal— me quedé un rato mirando hacia atrás mientras los demás seguían, observando incrédula esa fortaleza de brazos contra la que se apoyaba la gente y se acumulaba la basura indescriptible que traía el río.

—*Compañeros de la CGT* —dijo alguien, mientras me empujaba para adelante.

Con el avance del amanecer fuimos entrando en filas de dos o tres en Ciudad Evita, que en ese entonces tenía otro nombre, pero todos la llamaban Ciudad Evita como ahora. Las puertas de los chalecitos blancos y techos a dos aguas se abrían para dejar pasar a las mujeres al baño. Nos daban cartones y hojas de diarios para ponerlos bajo la ropa mojada, aliviaban el frío. Nos alcanzaban té o mate cocido bien caliente, nos deseaban suerte, que ojalá llegáramos. Descansamos allí un buen rato y seguimos caminando. Era cerca del mediodía cuando vimos un avión que se acercaba y todos gritamos y movimos lo que teníamos a mano para que el General nos viera; también vimos los tanques, los jeeps y los soldados en la ruta. Corrimos por una pendiente hacia los bosquecitos que rodean Ezeiza, nos internamos entre los árboles mientras sonreíamos emocionados. ¡Estábamos tan cerca! Eso sentíamos cuando empezaron los disparos y las voces de los altoparlantes. Nos tiramos al piso, algunos encima de otros, éramos muchos y los murmullos no dejaban escuchar lo que nos gritaban. Después de un tiempo que pareció una eternidad, alguien me tomó de la mano y dijo: *Ahora salimos con los brazos en alto, las manos bien abiertas*. Vi a Picu pararse a mi lado y empecé a caminar. Salimos del bosque y subimos la pendiente hacia la ruta como miles de hormigas desordenadas huyendo de un hormiguero invisible, pero a paso lento y resignado. Arriba nos esperaba una fila interminable de soldados cubiertos con esas enormes capas verdes que usan en el ejército; los habían dispuesto a lo largo de la ruta por la que nos obligaron a retroceder. Al revés de los desfiles patrios, ahora eran ellos los que nos miraban mientras caminábamos en grupos de cuatro o cinco en una fila también interminable. No nos dejaron recibir a Perón. Algunos de los nuestros

lloraban, algunos de ellos también; no sé si eran lágrimas reales, la lluvia se mezclaba en los rostros tristes y cansados de ambos bandos y el resultado era una especie de llanto colectivo. Lo que sí puedo asegurar es que algunos de estos soldados tan jóvenes como nosotras y tan morochos como Margarita y sus compañeras, levantaban la capa para hacer la V con una mano apenas asomada y nos sonreían tímidamente.

Había escuchado muchas veces que Perón representaba el sentir del pueblo. En la larga marcha por su regreso, me quedó claro lo que eso significaba: yo misma sentí que el peronismo era un sentimiento compartido y que nada nos separaba. Después aprendí que no era así, que muchas veces nos íbamos a separar, algunas de manera violenta, pero nunca pude rechazar del todo a “los gordos de la CGT”. Sigo preguntándome si alguno de ellos no me habrá servido de apoyo para cruzar el río.